

WALLERSTEIN, Immanuel, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México, Siglo XXI, 1998, 104 pp.

“¿Utopías? ¿utopística? ¿Se trata de un juego de palabras? No lo creo. Utopía, como todos sabemos, es una palabra acuñada por Tomás Moro y significa literalmente ‘ninguna parte’. El verdadero problema con todas las utopías no es sólo que no han existido en ninguna parte hasta el momento, sino que parecen sueños celestiales que nunca podrán hacerse realidad en la Tierra”.

Así comienza el texto de Emmanuel Wallerstein y termina ese primer párrafo afirmando “lo último que necesitamos son más visiones utopísticas”.

He aquí un problema de lengua. Para quienes la lengua materna es el español, la palabra utopía va cambiando de significado con los años. Como sucede con el lenguaje. Nadie afirma la utopía de Tomás Moro, pero las necesidades de cada sociedad, de cada grupo y cada ser humano cuentan con la utopía como horizonte de deseo, de posibilidades.

Resulta interesante que quienes niegan la utopía hacen gala de un realismo político que linda con las posiciones reaccionarias. Aceptar lo que tenemos. No es la posición de Wallerstein, pero él propone finalmente que se trata de la “evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos”, y continúa: “es la evaluación sobria [¿] racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto [e inevitable,] sino el futuro alternativo desde el punto de vista histórico. Es por lo tanto un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad”.

Pensamos que la palabra utopía reconoce, entre nosotros, estas características ligadas a la creatividad, a la audacia e imaginación humanas, y así la utilizamos, con su carga de entusiasmo y de proyecto.

Señalé con un interrogante la palabra sobria porque no le encuentro paralelo lógico o referente cercano para una evaluación racional, pero todo estudio científico goza de una evaluación racional de los modos de vida de la sociedad. Claro está que un dato inevitable en esta exposición es la defensa de la idea de *sistema mundial* que hace el autor y que describe cómo reforzar las disciplinas, la integración e interrelación.

La noción de sistema que desarrolla en varios de los libros ya publicados figura también en este fascículo, y cobija la concepción *racional* de la evolución de las sociedades.

Esto es lo que queremos decir con sistema. Un sistema tiene mecanismos que tratan de reinstaurar el equilibrio, y han tenido éxito. Es por eso que a largo plazo la revolución francesa y rusa podrían percibirse como “fracasos”. Ciertamente lograron menos en cuanto a transformación social de lo que sus partidarios esperaban. Pero cuando los sistemas se alejan mucho del equilibrio, cuando se bifurcan, las pequeñas fluctuaciones pueden tener efectos serios. Esta es una de las razones principales por las que el resultado es tan impredecible. No podemos siquiera imaginar la multitud de pequeños detalles que tendrán impacto crucial. (p. 63)

En definitiva, siguiendo el marco conceptual griego: “si los sistemas funcionan normalmente el determinismo estructural pesa más que el libre albedrío individual y colectivo. Pero en tiempos de crisis y transición el factor del libre albedrío se vuelve fundamental”.

Afirma el autor que “el mundo del 2050 será lo que hagamos de él”. Lo que nos deja libertad para comprometer y ejercer nuestro juicio moral, y la lucha que nos espera será terrible. ¿Cuán terrible es una lucha en las condiciones señaladas?

Aquí entra el factor predicción. Mucha racionalidad pero por qué no predecir. Pregunta el autor: “¿Qué tipo de mundo realmente deseamos y por qué medio o camino tenemos más probabilidades de llegar a él?” La *utopística* es la respuesta para la primera pregunta:

[...] la evaluación sería de las alternativas históricas, del ejercicio de nuestro juicio en lo que toca a la racionalidad fundamental de posibles sistemas históricos alternativos. Y la segunda pregunta se ha hecho en términos de la inevitabilidad del progreso, y yo deseo presentarla en términos de fin de la certeza, la posibilidad pero también la no ineludibilidad del progreso. (p. 65)

Porque la propuesta de Wallerstein no es una utopía sino rutas para una racionalidad material mayor. Entonces los deseos del autor apuntan a la reducción de desigualdades que requerirá mucho trabajo colectivo, pero “no obstante sería intrínsecamente posible idear un mundo social en [el] que las discriminaciones lleguen cuando mucho a ser menores, en lugar de continuar siendo fundamentales para la operación del sistema histórico como los son hoy”. (pp. 78-79)

Pero así *discriminadas* las discriminaciones aparecen como un fatalismo de cualquier orden histórico, divino, estadístico, político. Entonces se impone la pregunta, una pregunta que viene a salvar la situación de la fatalidad: “¿qué está por llegar?, ¿tendremos entonces una sociedad sin clases?”

Una vez más una pregunta salta de la racionalidad a la necesidad de predecir. Muchas más preguntas y respuestas propone el autor para la reflexión. Una más que en la búsqueda de la racionalidad weberiana, racionalidad fundamental para la buena sociedad o “para una sociedad mejor”, es la “creatividad humana”. (p. 82) Entonces conviene el autor la referencia a los sistemas complejos que se organizan a sí mismos y que repetidamente inventan nuevas fórmulas, nuevas soluciones para los problemas existentes. Es la creatividad que está acotada por el sistema, por lo que la noción también nace *discriminada*.

Lo que funciona no es “necesariamente bueno desde el punto de vista moral”. Pero entonces discierne el autor “¿cómo podemos hacer en los próximos 25 a 55 años para alcanzar un sistema histórico y social materialmente más racional?”

Es interesante que el razonamiento vuelva a presentar las pautas de un sistema en el que prevalece el privilegio o avanza en la dirección opuesta por primera vez en la historia conocida de la humanidad. Es difícil no percibir que discernir dentro de un sistema es relativamente fácil y fatalmente redundante. Pero para el autor las posibilidades de elaborar tendencias se presenta en la estrangulación de las mismas. “Yo sostendría que la reacción pública ya se está mostrando y es muy visible y que oiremos cada vez menos argumentos neoliberales a medida que avanzamos el siglo XXI”. ¿Pero cómo hará el bando de los privilegiados? El autor opina “que debe tender una peligrosa cuerda floja, dar suficientes explicaciones a favor para congregarse a sus partidarios pero no tantas como para sostener la evidencia y los motivos de fiera oposición del otro bando. No será fácil, y éste es otro elemento absolutamente imposible de prever con detalle”. (pp. 87-88)

El periodo de transición de la estructura de los sistemas parece ser el más interesante, pero es impredecible, ya que de predecir se trata, y está particularmente sujeto a aportaciones indivi-

duales y de grupo “lo que yo he llamado el factor del aumento del libre albedrío”. Esta oportunidad “nos exige reconstruir la estructura del conocimiento para entender la naturaleza de la crisis estructural y nuestras opciones históricas para el siglo XXI”.

Entender nuestras opciones parece ser la tarea anterior a la participación en la batalla “sin ninguna garantía de ganarla”, y esto es crucial para el autor porque “las ilusiones solo engendran desilusiones con lo que se vuelven despolitizantes”.

¿Para quién o quienes? Valdría reducir tanta cantidad de implícitos propios al pensamiento neoliberal.

De nueva cuenta, lejos de la racionalidad encontramos no solo la necesidad de predecir, sino también la de *ganar*, y como las palabras dicen lo que dicen, ¿qué querrá decir ganar? En esta tarea del conocimiento, predecir y ganar parecen herramientas de otros menesteres.

El autor finaliza el texto persuadiendo al lector que su análisis no es optimista ni pesimista, porque no predice y no puede predecir si el resultado será mejor o peor. Sin embargo es realista cuando estimula las discusiones sobre los tipos de estructuras que mejor nos pueden servir, y los tipos de estrategias que nos pueden impulsar. Este pensamiento de Immanuel Wallerstein se continúa en dos obras publicadas también por Siglo XXI: *Impensar las ciencias sociales* (1998) y *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción* (2005).

Ana GOUTMAN

WALLERSTEIN, Immanuel, *La decadencia del poder estadounidense*. México, Era, 2005, 266 pp.

Este libro contiene reflexiones sobre la decadencia de Estados Unidos en el mundo actual, y temas tan variados e importantes como los problemas de la izquierda, el racismo, la democracia, el terrorismo, las religiones. En él el autor da cuenta de la situación del sistema-mundo, de la historia pasada y reciente de Estados Unidos y de la vinculación de Estados Unidos con el sistema-mundo.

Algunos de los trabajos de este texto fueron escritos antes del 11 de septiembre de 2001 y otros después. En todos ellos la reflexión sobre lo que él llama “la primera gran crisis del sistema-mundo en 500 años” está presente con diferentes intensidades y matices.

Wallerstein argumenta que es real la decadencia de Estados Unidos en un mundo caótico. No deja de insistir en la importancia del imperativo de los ciudadanos de ese país de unirse a otras personas en la construcción y reconstrucción de un mundo en el que puedan vivir. Sería ésta la versión de un mundo en el que quepan todos los mundos que ha creado la cultura zapatista, desde la perspectiva de un científico social, como el autor se reivindica, además de ser ciudadano estadounidense y del mundo.

No descuida la ocasión para señalar el sentimiento antiestadounidense que se ha apoderado de una buena parte de la opinión mundial a partir de 1945. Considera que ha contribuido a este sentir la actitud mantenida por los representantes del Imperio que han mirado siempre a los demás como los *otros*, con desprecio y miedo. Esto ha persistido en prácticamente todas las posiciones adoptadas por Washington, que van del aislacionismo al expansionismo.